

GONZALEZ

A.R

16 ej.

UNIVERSIDAD NACIONAL DE CORDOBA
PUBLICACIONES

DEL

Instituto de Arqueología, Lingüística y Folklore "Dr. Pablo Cabrera"

1947

XVII

ALBERTO REX GONZALEZ

Investigaciones Arqueológicas en las Nacientes del Paraná Pavón

■

IMPRESA DE LA UNIVERSIDAD
CORDOBA

República Argentina

1947

INVESTIGACIONES ARQUEOLOGICAS EN LAS NACIENTES DEL PARANA PAVON

Las excavaciones que nos proporcionaron el material que va a describirse en el presente trabajo fueron efectuadas a principios del año 1939. Circunstancias diversas, de índole meramente personal, han impedido hasta ahora la aparición de esta monografía. En una brevísima nota, publicada en aquel entonces, en la Revista Geográfica Americana ⁽¹⁾ resumíamos escuetamente el resultado de nuestras búsquedas.

El sitio al que nos vamos a referir, es una de las tantas islas de origen aluvional, formadas allí donde las condiciones especiales de anchura, profundidad y velocidad de la corriente han permitido el depósito de los sedimentos que, arrastrados por las aguas del Paraná, han dado finalmente, origen al Delta.

El brazo principal del río se reparte en numerosas corrientes secundarias que forman el enmarañado dédalo insular del sur de Entre Ríos. Entre los principales brazos se cuenta el Paraná Pavon que nace frente a la localidad santafesina de Villa Constitución, tomando desde allí una dirección N.O. a S.E.

A muy pocos kilómetros de su nacimiento describe dos amplias curvas de sentido contrario, formando una perfecta S. itálica. Frente a la segunda de estas curvas, conocidas en la región con el nombre de Vuelta del Sur, se halla la isla a la que nos referiremos particularmente.

Presenta las características fisiográficas inconfundibles de to-

(1) Alberto Rex González. — Excavaciones en un tumulo del Paraná Pavón; Revista Geográfica Americana, nº. 71, Agosto de 1939.

das las islas del bajo Paraná, con el suave paisaje, pintoresco e inolvidable de sus márgenes bajas y ondulantes, ornadas de bosques umbríos, que cierran en el horizonte el marco de la imponente maza de agua que se desliza lentamente. Altos albardones en las costas, cubiertos de bosques bien poblados por ceibos y por sauces, donde asientan sus “ranchadas” los isleños, y amplios esteros y lagunas en los sitios bajos de las islas, donde crece espesa maraña, tupida y agresiva que borran las sendas y dificultan los caminos.

Desde el año 1935 veníamos realizando periódicas visitas a estos lugares, seducidos por su belleza y llevados por otros motivos, por completo ajenos al interés arqueológico, visitas que nos fueron familiarizando con el terreno. En muchas de nuestras estadías pudimos recoger datos, por boca de los lugareños, de frecuentes hallazgos arqueológicos; por lo general se referían al encuentro de alfarería o de restos humanos.

Pudimos localizar así tres sitios como los más ricos en encuentros de esta índole. El primero de ellos está situado en la misma margen del Pavon, muy próximo al punto donde acostumbrábamos a acampar. En épocas de bajantes quedaban sobre la playa o aflorando en la pequeña barranca fragmentos de alfarería lisa. En todas nuestras visitas no habremos alcanzado a extraer en total de este sitio, más de una veintena de pedazos, ninguno de los cuales presenta interés particular.

El segundo lugar se halla en el interior de la isla, próximo a uno de los tantos bañados y a igual distancia del Paraná y del Paraná Pavon. Se trata de un espacio circular de unos 20 metros de diámetro que se destaca del terreno circundante por su altura, superior en algunos centímetros al plano normal del terreno y por los ceibos y curupíes que crecen en su superficie. Los pozos de exploración que practicamos en este punto nos proporcionaron una regular cantidad de alfarería lisa y grabada. De aquí proviene la pieza entera ilustrada en la fig. 5, a. Como en nuestras excavaciones comprobamos un solo y delgado estrato de tierra vegetal conteniendo alfarería que no compensaba en número las dificultades de las excavaciones, nunca llegamos a efectuar su completa exploración.

El tercer sitio de hallazgos arqueológicos lo constituye el “Ce-

ro Grande", pomposo nombre con que los isleños designan a la modesta elevación que sirvió de paradero y cementerio a los indígenas y cuya exploración nos proporcionó el material y las observaciones que constituyen el presente trabajo.

Fuera de estos lugares reconocidos o explorados por nosotros, existen además, de acuerdo siempre con nuestros informantes, numerosos sitios donde son frecuentes los hallazgos de esqueletos humanos y de restos de la industria primitiva. En las proximidades del arroyo "Los Laureles" existirían varios "Cerros" más altos y extensos que el aquí estudiado y en los que se hacen hallazgos de la misma índole y con igual abundancia. Por otra parte la riqueza arqueológica de la zona se manifiesta claramente en la toponimia lugareña, la existencia de una laguna denominada "Las Tejas" y de dos arroyos llamados "Tiestos Grandes" y "Tiestos Chicos" hablan muy a las claras del frecuente hallazgo en sus márgenes de restos de cerámica.

A su vez existen datos de regiones situadas más al Sur que señalan la presencia de grupos de yacimientos tumuliformes (2).

Los yacimientos en que se hayan efectuado investigaciones arqueológicas, más próximos al que aquí describiremos, son los de La Argentina, visitados por Aparicio (3) y el de Mazaruca situados en la margen izquierda del Paraná Pavón, antes de su desembocadura, explorado por Lista y posteriormente por Outes y Torres.

Caracteres del yacimiento. — A unos 500 metros del segundo de los lugares arqueológicos descriptos más arriba y situado como aquel a igual distancia del Paraná y del Paraná Pavón —ver situación en el mapa— se encuentra el "Cerro Grande", pequeño montículo que se levanta a más de 1.50 sobre el nivel del terreno circunvecino. Se encuentra sobre la margen izquierda del cauce de un pequeño arroyo, actualmente casi por completo cegado, desagüe natural en otras épocas de los bañados vecinos.

(2) El Dr. Santiago Roth fué uno de los primeros investigadores que recorrió la región, en la relación de sus viajes hace referencia a yacimientos importantes existentes en las márgenes del Paraná Pavón. Citado por Torres, Los Primitivos habitantes... p. 47.

(3) Francisco de Aparicio. — Notas para el estudio de la Arqueología del sur de Entre Ríos, Anales de la Facultad de Ciencias de la Educación, t. III, Paraná 1938.

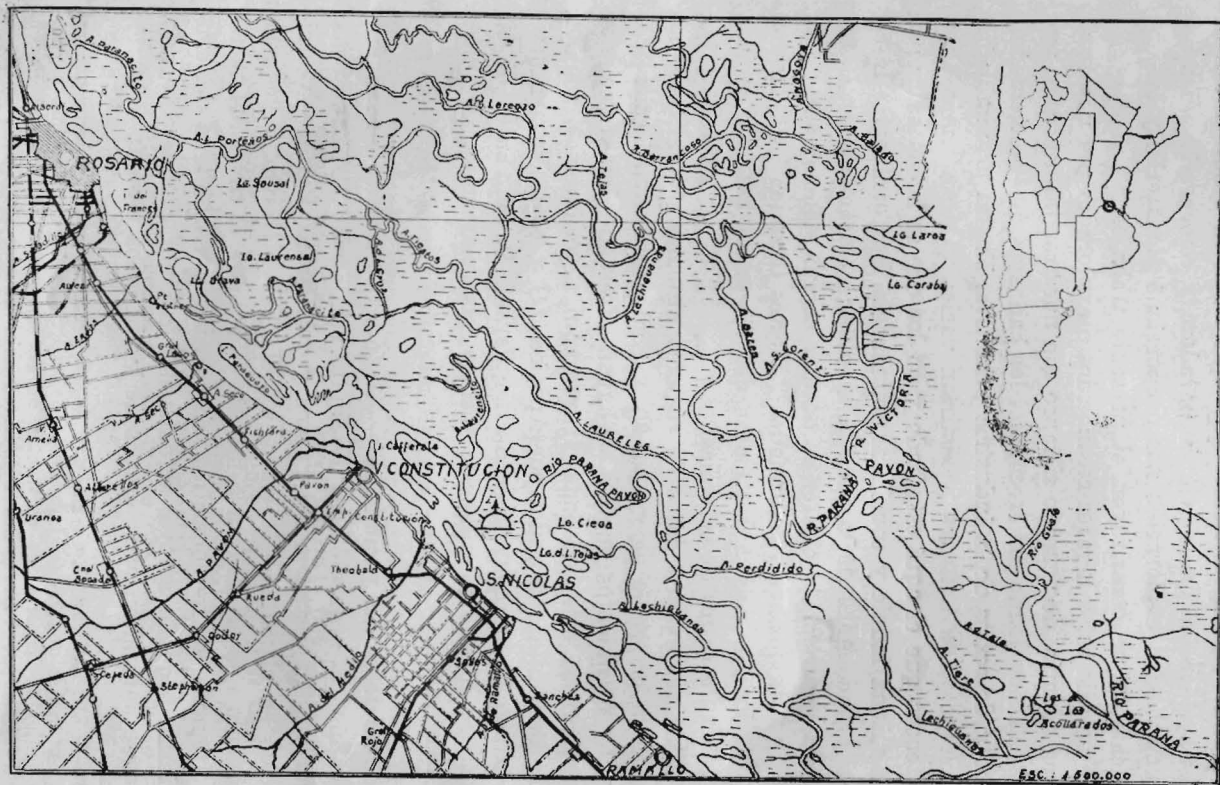
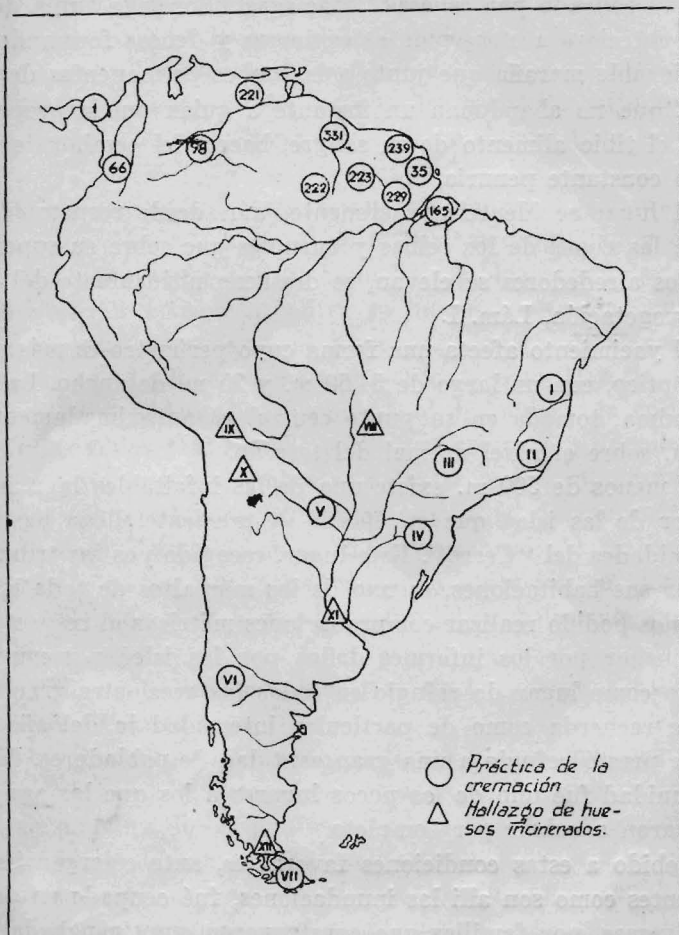


Fig. 1. — Mapa de la zona del río Paraná Pavón con la ubicación del yacimiento.



Prácticas crematorias y hallazgos de huesos incinerados. 1) Pocorosa; 66) Quimbaya; 98) Guahibo; 221) Cumanagoto; 222) Taruma. 223) Oyana; 229) Aparai; 239) Guiana; 165) Marajó; 331) Demerara; 35) Counany. (Según Linné).

I) Cutaxós; II) Botocudos; III) Aweicomas; IV) Caingagues; V) Tobas; VI) Pehuenches; VII) Fueguinos.

Hallazgos de huesos incinerados: VIII) Matto Grosso; IX) Valle de San Lucar; X) Quebrada de Humahuaca; XI) Paraná Pavon; XII) Estrecho de Magallanes.



INSTITUTO
DE
ANTROPOLOGIA, LINGÜÍSTICA, FOLCLORE
"DR. PABLO CABRERA"

Está rodeado por espesas “maciegas” donde la “uña de gato” se entrelaza a otras plantas espinosas y densas formando una inextricable maraña que junto a las nubes permanentes de mosquitos, que no abandonan un instante a quien pueda proporcionarles el tibio alimento de su sangre, hacen del camino de acceso una constante penuria.

El lugar se identifica fácilmente, aún desde respetable distancia; las copas de los ceibos y curupíes que sobre su superficie y en los alrededores se elevan, se destacan nítidamente del resto de la vegetación, Lám. I.

El yacimiento afecta una forma cuyo perímetro es más o menos elíptico, con un largo de 54.50 m. y 25 m. de ancho. La altura máxima, tomada en su punto central es aproximadamente de 1.50 m. sobre el nivel normal del terreno.

A menos de 500 m. existe una de las infaltables lagunas del interior de las islas, que en épocas de creciente, llega hasta las proximidades del “Cerro”. Este lugar, escogido por las tribus para fijar sus habitaciones, es uno de los más altos de toda la isla, no hemos podido realizar comprobaciones métricas al respecto, pero a juzgar por los informes dados por los isleños, siempre se lo tuvo como lugar de refugio en todas las crecientes grandes.

Se recuerda como de particular intensidad la del año 1905 en que prestó refugio a una gran cantidad de pobladores. En esa oportunidad fué uno de los pocos lugares a los que las aguas no alcanzaron a cubrir por completo.

Debido a estas condiciones favorables, ante emergencias tan frecuentes como son allí las inundaciones, fué ocupado en ocasiones diversas, por familias que construyeron sus “ranchadas” en el “Cerrito” permaneciendo en él por varios años. Hoy no queda más vestigios de esas viviendas que los pocos pedazos de vidrio y loza que encontramos en la superficie a muy poca profundidad en el espesor del humus.

Se dió comienzo a la exploración limpiando el terreno de las numerosas plantas que lo cubrían por completo —fig. 1 y 2— Lám. I. Se siguió con la excavación de las zanjas correspondientes a los dos ejes mayores. En la fig. 3 — Lám. I— puede verse la zanja longitudinal al comienzo de la excavación y en la fig. 1. Lám. II, puede verse la zanja transversal.

Una vez alcanzado en dichas trincheras el piso de limos arenosos que constituye la base del subsuelo de toda la isla, se tomaban los perfiles correspondientes, refiriéndolos a un plano teórico horizontal, según puede verse en las esquemas adjuntos, plano que establecimos tendiendo dos hilos a igual altura, en ambos ejes.

No se presentó en esta forma ningún inconveniente en lo que a extracción de los restos se refiere, su fragilidad y mal estado de conservación por la humedad ambiente, son las causas principales que conspiran contra su integridad teniendo una importancia muy secundaria el punto donde son descubiertos al comienzo. Así el paquete funerario —Fig. 3, Lám. II y fig. 2 Lám. III— reveló su existencia, al ponerse al descubierto la epífisis de una de las tibias y el esqueleto N°. 1 se comenzó a descubrir por su cráneo, sin embargo ambos se extrajeron casi íntegramente.

Una vez terminadas las zanjas axiales se desmoronaban sus paredes, ensanchándolas en sentido transversal. Al realizarse un hallazgo de restos óseos anotábamos su ubicación en el plano y los datos concernientes a su profundidad, colocación, orientación, etc.

Así mismo tomábamos muestras de las distintas capas que forman el “Cerrito”.

Esta es, muy sucintamente, la forma y el método seguido en las excavaciones. Debemos dejar constancia, sin embargo que, en las proximidades de los puntos extremos E. y C. del esquema, sobre todo en la ladera sur las excavaciones no fueron completas, un accidente sufrido por uno de nosotros durante la exploración, dejó la misma en suspenso y no ha vuelto a ser completada.

Estructura del yacimiento ⁽⁴⁾. — Tres capas fundamentales, homogéneas en su composición y bastante uniformes en su espesor forman el “Cerrito”.

Superficialmente una primera capa de tierra vegetal —N°. 1— de los esquemas, cuyo espesor varía entre 0.80 m. hacia el centro de la elevación y 1.15 m. en los extremos del eje transversal y que adelgazándose progresivamente no tiene más de 0.50 m. en los extremos del eje mayor.

(4) Hemos consultado la autorizada opinión del Dr. Joaquín Frenguelli quien nos ha dado, a este respecto, importantes indicaciones.

En esta capa, rica en contenido de materia orgánica, se realiza la casi totalidad de los hallazgos de restos humanos, como se verá en la parte correspondiente al tratar cada uno de los hallazgos separadamente. También se encuentra en ella una enorme cantidad de fragmentos de alfarería y buen número de fogones con todos sus elementos característicos, restos óseos de mamíferos y de peces. Entre los primeros, abundan especialmente los de carpincho (*Hydrochoerus capybara* L.) y los de nutria (*Myocastor coypus*). Entre los restos de peces predominan los del armado (*Pterodosa* y *granulosus* Val?).

Debajo del estrato de humus, encontramos una segunda capa —Nº. 2 de los esquemas— más uniforme en su espesor que la precedente, formada por limos loessoides de granos finísimos de color amarillento, que vira hacia el marrón claro al estar húmeda. Esta capa se asemeja a ciertos aspectos al limo que en algunos lugares de la Provincia de Buenos Aires forma el piso bonaerense de la formación pampeana.

Contenía este estrato en su espesor una cierta cantidad de fogones y algunos fragmentos de alfarería.

La capa Nº. 3 de nuestros esquemas, está constituída por limos arenosos de color amarillento, sensiblemente más claros que los de la capa anterior, es también más compacta y contiene una buena proporción de arena de granos muy finos. Este estrato forma la base del "Cerrito" y al parecer de toda la isla con ligeras variantes en la proporción de sus elementos integrales, especialmente en lo que se refiere al contenido en arena.

Como puede apreciarse en el esquema, formaba ya naturalmente, un pequeño montículo, base de la actual estructura, montículo que fué aprovechado por los indígenas para establecer sobre él sus habitaciones y enterrar a sus muertos, y que con el transcurso del tiempo fué aumentando paulatinamente de volumen, merced a los elementos depositados por la naturaleza y en menor proporción a los aportados por la mano del hombre.

Esta capa de la base es completamente estéril en lo que a hallazgos arqueológicos se refiere.

Entre las capas Nº. 1 y Nº. 2 existía intercalado un depósito lenticular de conchas, en su casi totalidad formado por ejemplares de *Diplodon purroughianus* (Lea) y en ínfima proporción se

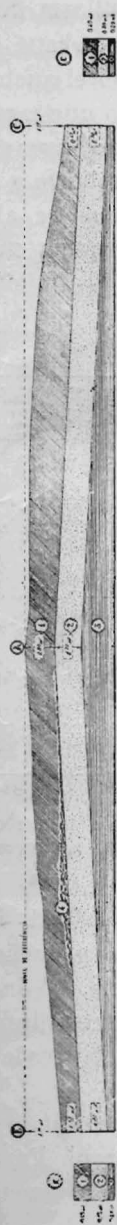


FIGURA 2.

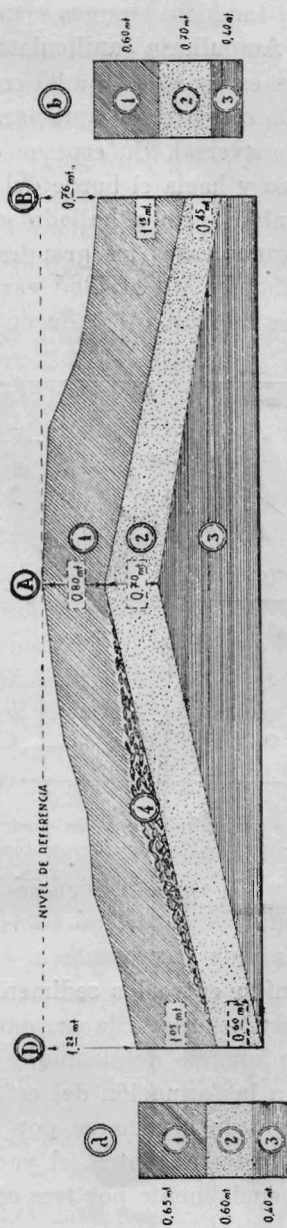


Fig. 3. — Corte transversal del yacimiento. La misma leyenda que en la fig. 2. Las letras minúsculas indican: cortes tomados en la prolongación del eje menor. Aparecen en el esquema de la fig. 4.

encontraron también, algunos ejemplares de *Ampullaria insalarun* (D'orb) y *Ampullaria canaliculata* (Lam.) (5). Esta capa de conchas con un espesor de 20 a 25 cms. abarcaba todo el ancho de la ladera S. O., como puede apreciarse en el esquema que representa el corte transversal. Su espesor disminuía progresivamente hacia el centro y hacia el borde del "Cerrito". Mezclados a los restos de bivalvos hemos hallado muchos fragmentos de alfarería lisa, en algunos casos los grandes pedazos de alfarería encontrados, contenían en su cavidad varios ejemplares de *Diplodon* como si se les hubiera utilizado en forma de platos.

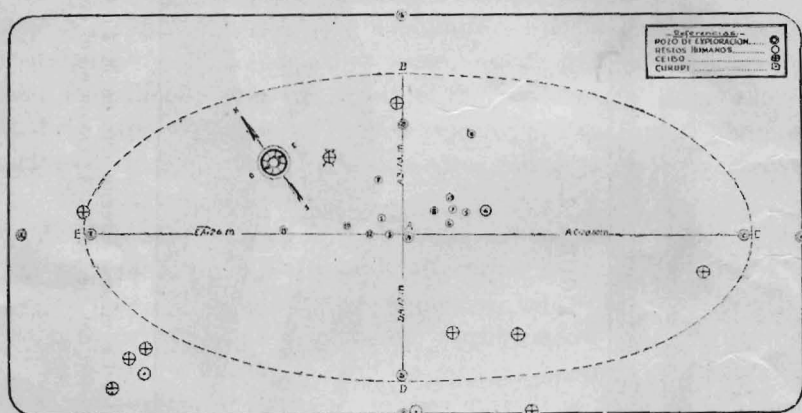


Fig. 4. — Esquema indicando la posición de los hallazgos de restos humanos y de los puntos donde fueron tomados los cortes que aparecen en las figs. 2 y 3.

Resulta muy interesante la existencia de este pequeño "conchal" incluido entre los sedimentos del montículo. El indica de manera clara y precisa la permanencia de habitantes durante un prolongado espacio de tiempo y fija su existencia desde épocas anteriores a la formación del estrato N°. 1.

Como puede apreciarse por la descripción que hemos hecho y por los cortes adjuntos, el yacimiento del Paraná Pavón está formado esencialmente por tres capas claramente diferenciadas en

(5) La clasificación de los moluscos fué gentilmente realizada por el Dr. Martin Doello Jurado, director del Museo Argentino de Ciencias Naturales.

su composición y en su continuidad. Los cortes practicados en la periferia del "Cerrito" permiten individualizarlas, aunque variando ligeramente la potencia relativa de los estratos, en igual disposición a respetable distancia.

El núcleo fundamental de la elevación lo constituye el manto de arenas finas, que parece formar íntegramente el subsuelo de los alrededores, pues hemos alcanzado en algunos sitios el agua sin que cambiase de aspecto.

Vemos aquí una fundamental discrepancia con los montículos cuyo origen se debe principalmente a acumulaciones eólicas, como los de Malabrigos, tan minuciosamente estudiados por Frenguelli ⁽⁶⁾ y los túmulos N°. 1 de Brazo Largo, II del Paraná Guazú y I de Brazo Gutiérrez relevados por Torres ⁽⁷⁾. Basta un simple vistazo a los esquemas respectivos para apreciar las diferencias. En los yacimientos antes nombrados, sobre las capas horizontales que forman la base del terreno sobre el que asientan, se levantan por completo aislados, sin continuidad con los sedimentos vecinos, los núcleos arenosos. En estos yacimientos, los elementos fundamentales para el diagnóstico de su construcción natural o artificial lo proporciona el estudio del engranaje estratigráfico periférico de los mismos.

En el yacimiento del Pavón, la estructura y composición de las capas constitutivas presenta las cosas de manera distinta.

En primer lugar, en los yacimientos recordados, la capa subyacente al humus era arenosa —arena gruesa de color amarillento en Brazo Gutiérrez, arena gruesa rojiza en el túmulo II del Paraná Guazú— y el humus había transformado parcialmente, debidos a procesos de infiltración, el color y el aspecto de la zona más superficial de la misma. El mismo proceso ocurrió en Malabrigo y en el yacimiento de Puerto Basilio, estudiado por Greslebin ⁽⁸⁾.

(6) Joaquín Frenguelli y Francisco de Aparicio. — Los paraderos de la margen derecha del río Malabrigo, en *Anales de la Facultad de ciencias de la Educación*, t. I, p. 7. Paraná 1923.

(7) Luis María Torres. — Los primitivos habitantes del delta del Paraná, Buenos Aires 1913.

(8) Héctor Greslebin. — La estructura de los túmulos indígenas prehispánicos del departamento de Gualaguaychú (Provincia de Entre Ríos), en *Revista de la Sociedad Amigos de la Arqueología*, t. V. 1931.

En el yacimiento del Pavón, por circunstancias atribuibles a la distinta composición de la capa que sigue en profundidad al humus, este proceso no se ha cumplido en igual forma. Si bien la diferenciación entre la capa n°. 1 y la n°. 2 no es muy franca, no se observa el característico proceso de la infiltración húmica.

En parte por el motivo que dejamos expuesto y fundamentalmente, por la continuidad regular, en estrecho paralelismo de las capas 1 y 2, no ha podido cumplirse aquí el engranaje estratigráfico de la periferia que es dado observar en los ya mencionados yacimientos del Delta y Malabrigo, engranaje que permitió al Dr. Frenguelli arribar a importantes conclusiones sobre la formación de estos montículos.

Entre los numerosos yacimientos excavados por Torres, el túmulo n°. 1 de Brazo Largo presentaría mucha similitud con este "Cerrito" del Pavón. Aquel se compone, también, de tres capas fundamentales, y aunque no se dan descripciones acabadas de las mismas, el esquema presentado permite observar, que el levantamiento se ha hecho en sus comienzos a expensas de un núcleo subsistente en la capa que forma el subsuelo del lugar. Sobre este núcleo se acumularon otras dos capas, cuyo paralelismo puede seguirse en la prolongación lateral de las mismas, incluida en el esquema. Aunque el autor no expone en detalle las razones por las que considera a este yacimiento como una construcción "levantada especialmente para depositar en él los restos de los fallecidos" creemos que uno de los motivos sería el considerable espesor relativo de la capa superficial, que adquiere su mayor potencia hacia el centro del montículo, cosa que difícilmente puede cumplirse sino por el agregado artificial de sedimentos de la misma naturaleza que esta capa, ya que no se ha alterado nada de su homogeneidad.

Para el yacimiento del Pavón no es posible invocar el mismo argumento en pro de su construcción artificial, ya que no se presenta la contingencia mencionada.

Un elemento importante en el estudio de nuestro yacimiento, y al que ya nos hemos referido, lo constituye el manto de mo-

luscos —capa n°. 4—intercalado entre el humus y los limos arcillosos.

La presencia de moluscos, mezclados a otros restos de cocina no son raros, sino por el contrario muy frecuentes, en este tipo de yacimiento. Entre los estudiados por Torres en el túmulo n°. 1 de Brazo Largo encontró grandes amontonamientos de Diplo-don y Ampullarias. En los túmulos n°. I y II del Paraná Guazú y en el “cementerio” del mismo lugar, encontró también, amon-tonamientos de moluscos y cocos quemados. El Dr. Torres no in-cluyó las capas de moluscos en los cortes que ilustran sus obser-vaciones estratigráficas y tecnológicas, tampoco suministra da-tos sobre el espesor de los mismos, pero no hay duda que estos acúmulos han sido muy importantes, hasta el punto de dificultar,
en ciertos casos las tareas de la remoción.

En yacimientos a orillas del río Uruguay, en los montículos
de Puerto Landa, la cantidad de moluscos es tan grande, que me-recieron por el mismo Dr. Torres y luego por Greslebin, la de-signación de sambaquís. Esta denominación es resistida por Se-rrano ⁽⁹⁾ quien no ve en estos montículos sino “simples parade-ros de tipo corriente con abundancia de restos de moluscos” co-mo sucede en los de Salto Grande estudiados por dicho autor.

No existen estudios terminantes con respecto a los montícu-los de Puerto Landa, pero a juzgar por el estudiado por nosotros, el “conchal” que tan nítidamente hemos hallado, sería solo una parte, que aunque interesante, no fundamental, del yacimiento de-terminada por especiales contingencias de la vida indígena, que
provocó su homogénea acumulación.

Por último, debemos agregar, que al igual que lo observado re-petidas veces por Torres, la mayor cantidad de enterratorios
fueron hallados en la ladera opuesta a la que contenía el “con-chal”. Sin embargo conviene observar, que mientras los restos
humanos están casi por completo contenidos en la capa n°. 1,
la formación del “conchal” estaba ya concluída cuando comenzó a
depositarse el humus, puesto que se encuentra en la base de dicha
capa. Esta relación, de opuesta situación del cementerio y los re-stos de cocina sería entonces aquí, puramente casual.

(9) Antonio Serrano. — Las culturas protohistóricas del este argentino y Uruguay, en Memorias del Museo de Paraná n°. 7. Paraná 1933. p. 13.

MATERIAL ARQUEOLOGICO

Alfarería. — Una enorme cantidad de pedazos de alfarería lisa fué extraída durante los trabajos de exploración del “Cerrito”. En algunos lugares era tal su abundancia que en cada palada se extraían varios fragmentos. Estos fragmentos eran siempre relativamente pequeños y en ningún caso pudimos encontrar, pese haberlo intentado varias veces, que se correspondieran entre sí, indicándonos que pertenecían al mismo ceramio.

Esta alfarería lisa es muy tosca, mal cocida generalmente, presenta una superficie de color negro, poco pulida. En la sección de fractura se advierte que se usó como antiplástico, una gran cantidad de alfarería molida.

Los fragmentos encontrados corresponden a formas diversas, algunas bastante grandes, un buen número parecen haber correspondido a ejemplares muy chatos, en forma de platos.

Las asas, hecha la excepción del uso como tal de algunos apéndices zoomorfos, son generalmente formas muy simples, fig 6. Varios ejemplares de asas, presentan sin embargo un mayor grado de complicación, ostentando adornos grabados, tal como las de la Lám. IV. Sin poder afirmar que sean formas típicamente zoomorfas, no podemos, conociendo la modalidad de estos artífices, negar cierta semejanza con cabezas de ofidios.

Algunos de los pedazos de alfarería encontradas llevan grandes agujeros, los típicos de las alfarerías gruesas, reconocibles por lo regular de sus bordes hechos antes de la cocción. Otros pedazos llevan en cambio pequeños agujeros, practicados en la alfarería ya cocida y destinados, seguramente, a mantener unidos los bordes de las alfarerías fracturadas.

Vasos enteros. — Los únicos ejemplares de cerámica encontrados enteros son los representados en la fig. 5. Ya nos hemos referido más arriba, al hecho casi constante, en estos yacimientos, de que la cerámica se encuentra reducida a múltiples fragmentos dispersos como si hubiera sido rota expreso, opinión a la que se inclina la mayoría de los autores.

El ceramio de la fig. 5 a es una pieza muy tosca, mal cocida, sin adornos, que aún lleva en su superficie interna las huellas que

una mano poco hábil, dejó con la espátula en su intento de alisarla. Mide 75 mm. de diámetro en la boca y 67 mm. de alto. Las paredes tienen un espesor de 3 mm. Esta pieza no fué obtenida en las excavaciones del "Cerro" sino del segundo de los lugares de hallazgos descriptos al comienzo.

Otro ejemplar de cerámica casi entero es el representado en fig. 5 b. De paredes más gruesas que el anterior, tiene sin embargo, menor tamaño. Está decorado en su superficie externa por una línea quebrada que circunda la pieza. En el borde presenta una serie de incisiones. Es de forma hemisférica, que a partir de

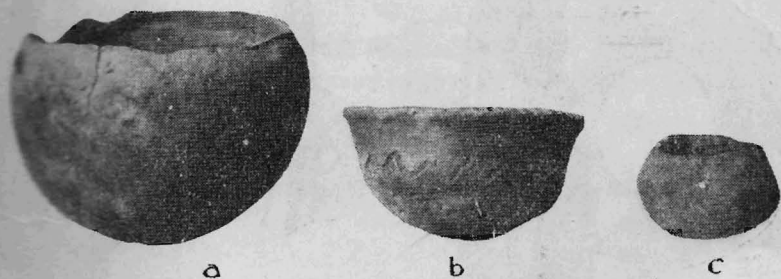


Fig. 5. — Ceramios enteros.

la línea quebrada, por eversión de sus bordes, tiende a convertirse en acampanada.

Por último, también hallamos entera la minúscula pieza representando la fig. 5 c. Tiene sólo 43 mm. de diámetro y 30 mm. de alto, muy tosco de paredes muy gruesas, no puede haber prestado ninguna utilidad práctica. Debe haber sido uno de los juguetes que las alfareras indias hacen, como se observa en muchas tribus vivientes, para entretenimiento de sus criaturas.

Cerámica grabada. — Un cierto número de fragmentos de alfarería grabada se encontró al realizar la remoción del montículo.

En general no difiere fundamentalmente en su aspecto de la cerámica lisa: su cocción no ha sido lo suficiente intensa como para llegar a dar a sus paredes el color rojo ladrillo que se alcanza en las altas temperaturas, sin embargo, se nota en estos pedazos un

mayor esmero en el pulido y una mejor regularidad en la forma.

Para el grabado se ha usado un instrumento de punta cuadrada o rectangular.

Los motivos decorativos son los comunes en estos yacimientos: líneas o guardas incisas, grabadas por presión rítmica de complejidad y aspecto variable. En la lám V reproducimos algunos de estos motivos, por lo que creemos innecesario volver sobre ellos.

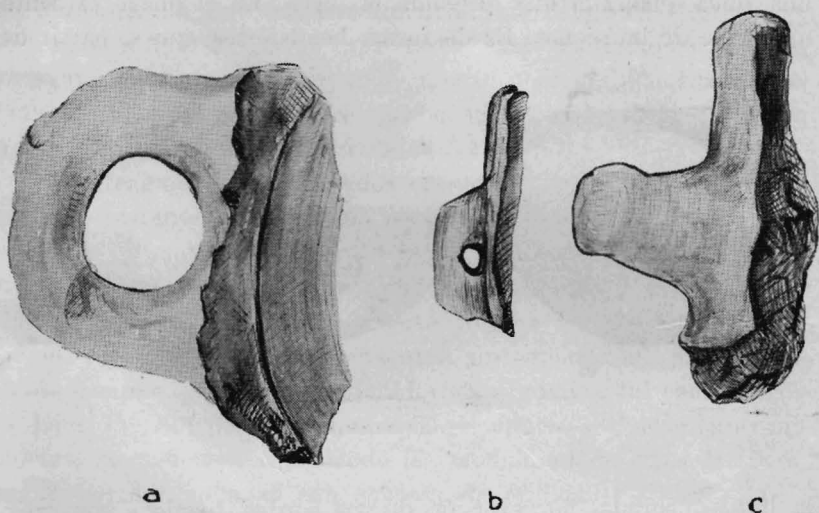


Fig. 6. — Asas simples.

Cerámica imbricada. — Unos pocos pedazos de cerámica imbricada fueron hallados en este yacimiento. Por tratarse de un tipo de alfarería común y de técnica ya conocida no entraremos en mayores detalles. Uno de los tres pedazos hallados se reproduce en la fig. 7, Lám. VI. Se los encontró muy próximo al fragmento con impresiones digito unguiculares reproducido en la misma lámina, hallado en las cercanías del pozo C. de los esquemas.

Dada la poca frecuencia de esta alfarería, nosotros suponemos, tal como lo ha hecho notar Aparicio ⁽¹⁰⁾ en Malabrigo, que

(10) Joaquín Frenguelli y Francisco de Aparicio. — Los paraderos de la margen derecha, etc., p. 85.

este tipo de cerámica, esporádica en estos yacimientos, habría sido obtenida, tal vez, por intercambio.

Outes ⁽¹¹⁾ encontró asociada a la cerámica pintada típicamente guaraní y Lothrop ⁽¹²⁾, después de indicar su dispersión en América, cita la opinión de Nordenskiöld, quien opinaba que la cerámica imbricada era originaria y distribuida por las tribus Guaraníes.

Figuras zoomorfas. — Elementos de suma importancia, pues contribuyen a definir culturalmente a los yacimientos que las

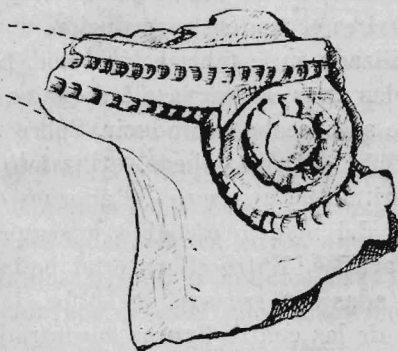


Fig. 7. — Figura zoomorfa.

contienen regularmente, su zona de dispersión se extiende a lo largo del Paraná y de sus tributarios. Outes ⁽¹³⁾ señaló su límite Norte, aunque creemos seguro, que cuando se conozca la arqueología del Chaco, tendremos necesariamente que ampliar este límite. Hacia el Sur, a partir de estaciones que las contienen en regular cantidad, aparecen luego esporádicamente en otras. En el

(11) Félix F. Outes. — El primer hallazgo arqueológico en la isla Martín García, en Anales de la Sociedad Científica Argentina, t. LXXXII, Buenos Aires 1917, p. 274.

(12) Samuel K. Lothrop. — Indians of the Paraná Delta, Argentina, en Annals of the New York Academy of Sciences, t. XXXIII, New York, p. 134.

(13) Félix F. Outes. — Nuevo jalón septentrional en la dispersión de representaciones plásticas de la cuenca paranaense y su valor, indicador, en Anales de la Sociedad Científica Argentina, LXXXV, Buenos Aires 1918.

territorio uruguayo, también se las ha encontrado en varios yacimientos.

En el yacimiento de Pavón fueron halladas unas 15 piezas correspondientes a fragmentos más o menos mutilados de las clásicas figuras zoomorfas u ornitomorfas, que formaron parte de los ceramios en calidad de apéndices y en las que predominan las correspondientes al tipo que Antonio Serrano ⁽¹⁴⁾ denominara en 1922 “alfarerías gruesas”, designación definitivamente aceptada en nuestra arqueología.

Responden estas figuras a los tipos tantas veces descriptos, caracterizados por su alto grado de esterilización, pues excepto una figura de psitácido, en las demás piezas no podemos asegurar a ciencia cierta cual es el modelo reproducido.

La técnica utilizada en la fabricación varía. En algunos casos, se trata de delgadas tiras de barro, a las que se debió el contorno del animal que se buscaba reproducir. Sobre una o ambas superficies resultante se dibujaba luego, utilizando la infaltable línea de incisiones rítmicas, una serie de adornos que completaban las características del modelo escogido o seguían los caprichos imaginativos del artífice. Entre el material hallado por nosotros estas piezas siluetadas son escasas, en la fig. 1, 2 y 3, lám. VI pueden verse tres de las cuatro figuras encontradas. Una de ellas es el perfil inconfundible de un loro. Las restantes son irreconocibles.

El ejemplar más interesante, entre las representaciones plásticas halladas en la remoción del “Cerro” es el ilustrado en la lám. VII. De grandes proporciones, debe haber formado parte de un ejemplar de alfarería gruesa muy voluminoso, si como nos lo imaginamos se mantenían ciertas proporciones entre asa y cuerpo. Mide 18 cm. de largo y 14 cm. de ancho en la base punto donde se halla mutilada. En este sitio es aun visible parte de la superficie interna del vaso al que pertenecía. Tiene un espesor de 65 mm. que decrece progresivamente hasta confundirse con la pared de la que hacía saliente, según el carácter habitual que presentan los ejemplares enteros que se conocen.

Observando la pieza por su parte superior —figura de la iz-

(14) Antonio Serrano. — Arqueología de las Tejas (Prov. de Santa Fé), en Revista Universitaria del Litoral, año I, no. 12, Paraná 1922.

quiera— en la lámina, y orientándola con respecto a su colocación en el vaso, tiene una forma triangular, cuyo vértice corresponde al punto de implantación de la cabeza.

Sobre la superficie de esta cara se levanta en su parte media una saliente en forma de cresta, mutilada en su parte más próxima a la pared del vaso. Esta saliente está ornada en sus dos vertientes por una línea quebrada, producida mediante el consabido procedimiento de la presión rítmica.

La cara inferior de esta representación es lisa en toda su superficie.

Mirada de perfil —figura de la derecha en la lámina— se destaca netamente la cabeza, algo curvada hacia abajo, mutilada en la región que correspondería a la boca. En ambos lados, la pieza está exornada por líneas incisas que terminan, en la zona correspondiente a la cabeza, formando triángulos, con los que se ha querido representar probablemente los ojos.

En el resto de ambos lados, existe un complicado registro formado por una línea quebrada en cuyos espacios libres alternan cuadrados, triángulos, o simples ángulos. Hay una ligera asimetría entre estos adornos de cada uno de los lados.

Del tercio medio de la figura, se desprenden en marcado relieve sobre la cara posterior, dos extremidades que terminan después de haberse doblado en ángulo recto.

Esta pieza de modelo irreconocible, es uno de los ejemplos típicos del extraordinario grado de estilización que alcanzaban las representaciones plásticas, de las que ignoramos aún el significado y el objeto a que sus productores las destinaban.

Alfarería pintada. — Entre el material estudiado, la alfarería pintada, se encuentra en mínima proporción, pues no llegan a la docena el total de los fragmentos encontrados. El único color utilizado ha sido el rojo. Siempre se lo ha aplicado en capas muy espesas y en distribución irregular sobre la superficie del cerámico, a menudo en la cara interna de las paredes.

Los otros caracteres de la cerámica pintada son análogos a los de la alfarería lisa o grabada.

Objeto de adorno. — El único objeto de adorno personal, perteneciente a los primitivos habitantes del montículo, que llegó a nuestras manos lo constituye el colgante reproducido en la fig. 8. Está fabricado en barro cocido. Tiene forma infundibuliforme y lleva su extremidad más aguda perforada. En su superficie ostenta una serie de adornos muy simples, en el que alternan líneas rectas y ángulos. La base, ligeramente convexa, es lisa. Son muy escasos los objetos destinados al ornato personal, que se han extraído de yacimientos similares. En Malabrigo ⁽¹⁵⁾ fué hallado también un pendiente. En la laguna Guadalupe, Frenguelli ⁽¹⁶⁾ encontró una cuenta de barro decorada y procedente del delta, Lothrop ⁽¹⁷⁾ ilustra un pendiente, semejante por su forma al aquí descripto.

Cucharas. — Fabricadas, también en barro cocido se hallaron varios fragmentos de cucharas, en especial mangos, un ejemplar entero es reproducido en la fig. 9 lám. VI. El mango mide 6 cm., es de corte circular disminuyendo progresivamente de diámetro. El cuerpo ofrece una concavidad poco manifiesta y es poco simétrico. En el fondo de la concavidad y en la cara opuesta se advierten zonas enrojecidas producidas al parecer no por la cocción, sino por pintura. Parecería como si aún conservase restos de una sustancia grasosa.

Instrumentos de hueso. — Una pequeña serie de instrumentos de hueso fué extraída del yacimiento. Se compone, especialmente de una media docena de fragmentos de puntas de flecha y algunos ejemplares enteros. Uno de ellos reproducido en la fig. 9 corresponde al tipo común de base circular y punta en bisel, análogos a los encontrados por Aparicio ⁽¹⁸⁾ en los yacimientos de "La Argentina". La punta reproducida mide 12 cm. Los otros instrumentos óseos, son unos pocos fragmentos de huesos largos

(15) Frenguelli y Aparicio. — Los paraderos de la margen derecha, etc. p. 85.

(16) Joaquín Frenguelli. — Hallazgos arqueológicos en la laguna Guadalupe (Santa Fé), en Publicaciones del Museo Antropológico y Etnográfico de la Facultad de Filosofía y Letras, Serie A, II, p. 66.

(17) Lothrop. — Indians... etc., fig. 58.

(18) Aparicio. — Notas para la arqueología... etc., p. 45.

con señales de pulido en sus aristas. Reproducimos un ejemplar que pudo ser utilizado como perforador. Por lo que antecede, puede inferirse que si bien el instrumental óseo no se presenta en absoluto ausente como en Malabrigo ⁽¹⁹⁾ tampoco es aquí en manera alguna muy abundante.

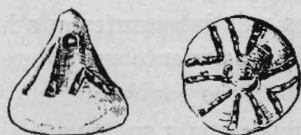


Fig. 8. — Objeto de adorno.

Instrumentos líticos. — Tres fragmentos de piedra fueron hallados en el montículo. De ellos solo uno es asimilable a un instrumento conocido. Se lo reproduce en la fig. 8 lám. VI. Es un fragmento plano de arenisca roja, sin forma definida. En sus caras se observan una serie de canales, algunos entre cruzados, tal como se ve en la fotografía. Se ha utilizado esta pieza como instrumento de afilar.

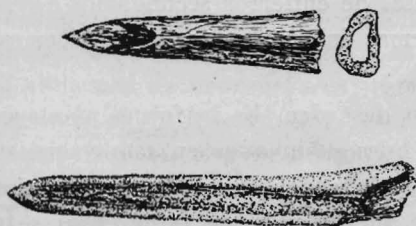


Figura 9. — Instrumentos de hueso

Los otros fragmentos pétreos, son restos informes, sin interés arqueológico.

También hallamos en varios lugares, dentro de la superficie del “Cerrito” varios fragmentos de ocre mineral de tamaño y forma diversos. Es la materia prima, que una vez molida, se usó

(19) Frenguelli y Aparicio. — Los paraderos de la margen derecha... etc. p. 88.

para asociarla a los restos esqueléticos, tal como lo hemos comprobado en varios de los entierros excavados (20).

COSTUMBRES FUNERARIAS

Las observaciones más interesantes que hayamos efectuado en la exploración de este yacimiento se refieren, por la diversidad de sus formas y el tipo poco común de una de ellas, a la manera como los indígenas inhumaron a sus muertos. Estas diferentes formas de inhumación son las siguientes:

- 1) Restos en desorden.
- 2) Hallazgos de cráneos aislados.
- 3) Esqueletos con algunos de sus huesos en posición natural pero incompletos.
- 4) Paquetes funerarios.
- 5) Incineración.

Difícilmente podría darse mayor diversidad con respecto al número total de restos extraídos. Resalta indudablemente el carácter fundamental de entierros secundarios a que pueden ser referidas estas formas inhumatorias. Describiremos separadamente cada una.

1) Restos en desorden. Es la forma más común en que fueron encontrados huesos humanos en este yacimiento. Se trata de huesos agrupados sin orden alguno, depositados en el espesor de la tierra vegetal. En ninguno de estos casos se pudo identificar los restos completos pertenecientes a un solo individuo. A menudo las piezas óseas están en fragmentos. Tampoco se halló ninguno de los huesos articulados anatómicamente. El examen de cada inventario es bien demostrativo en lo que respecta a este tipo de hallazgo.

(20) El ocre mineral, reducido a polvo o a granos muy finos, se encuentra a veces mezclado a la tierra vegetal, dando como resultado una substancia de color pardo. Sin embargo en ciertos casos podría tratarse de ocre pardo de origen limonítico que puede encontrarse en estado natural.

HALLAZGO No. 3

un calcáneo
un astrágalo
cinco falanges
un sacro
dos radios (derecho e izquierdo)
un peroné
extremidad proximal de fémur der.
extremidad distal de tibia
fragmentos pequeños de cráneo.

HALLAZGO No. 7

un húmero derecho
dos fémures (derecho e izquierdo)
fragmentos de cráneo.
un esternón
extremidad distal de húmero
dos diáfisis de peroné
un iliaco derecho
mitad derecha de maxilar inferior
fragmentos de bóveda palatina
fragmentos de maxilar superior
un cuerpo de vértebra
dos clavículas derechas
un fragmento de omóplato
quince costillas
dos rótulas
un astrágalo

HALLAZGO No. 10

diáfisis de fémur
mitad derecha de mandíbula
un húmero derecho
extremidad proximal de cúbito de-
recho
restos de cráneo
fragmentos de omóplato

HALLAZGO No. 11

fragmentos de maxilar.

HALLAZGO No. 13

dos tibias izquierdas
extremidad proximal de fémur iz-
quierdo
fragmentos de omóplato
diáfisis de tibia
un húmero derecho
dos extremidades distales de hú-
mero derecho
fragmentos de diáfisis de fémur
extremidad proximal de peroné de-
recho
iliaco izquierdo
extremidad proximal de tibia
extremidad distal de fémur.

2) Cráneos aislados. En el esquema los hallazgos de cráneos aislados corresponden a los números 6, 8, 9 y 12. Los números 6 y 8 pertenecen a hallazgos de neurocráneos; estaban colocados a pocos centímetros de la superficie, en el espesor de la tierra vegetal, yaciendo sobre la base, a poca distancia uno de otro, en la fig. 4 de la lámina III, puede verse a ambos. El número 12 estaba más completo, pues tenía intacto su macizo facial, faltándole la mandíbula. Yacía también a poca profundidad, apoyado sobre la base. Por último el número 9, el más completo, yacía sobre su lado derecho, mirando hacia el N.E. Los cóndilos de la mandíbula se encontraban dentro de las cavidades glenoideas, pero los incisivos superiores estaban fuera de contacto con los inferiores, como si se lo hubiera sepultado con la boca abierta (fig. 3, lám. III). Si bien la presencia de los otros cráneos aislados podría hacernos suponer de que hubieran sido hallazgos casuales de los habitantes que modernamente habitaron el "Cerro", y que por temor o superstición los volvieron a enterrar, el hallazgo de este

último cráneo desvirtúa esta idea confirmando la existencia de cráneos enterrados aisladamente, pues no podemos suponer que se hubiera tenido la precaución de articular su maxilar inferior antes de enterrarlo nuevamente y para hallarlo en la forma descrita, debieron existir, en el momento en que fué sepultado, algunos de los ligamentos naturales que mantuvieran la mandíbula en su sitio.

3) Esqueleto con algunos de sus huesos en posición natural pero incompleto.

Se trata de un solo hallazgo, pero preferimos describirlo separadamente. Corresponde al número 1 del esquema y puede verse en la fig. 1 de la lám. III. Yacía a 0,23 cm. de la capa superficial de tierra vegetal. La posición parece haber sido el decúbito supino, con la cabeza ligeramente inclinada sobre el lado izquierdo, mirando hacia el Norte. El cráneo y la cara aparecieron íntegramente, ambos húmeros estaban articulados en posición natural. El antebrazo derecho ligeramente flexionado sobre el pecho. La cintura pelviana, aunque fragmentada, permitía observar que las superficies articulares de la articulación coxofemoral derecha estaban en contacto. A excepción de un peroné los demás huesos de los miembros inferiores no fueron encontrados.

4) Paquete funerario. Esta interesante costumbre, que denota el transporte de los despojos óseos en el deambular de las tribus hasta el sitio escogido para su reposo definitivo, se pone de manifiesto también entre los habitantes de este yacimiento del Paraná Pavon. Señalada por los cronistas, la arqueología ha efectuado su comprobación en lugares diversos, especialmente en la región déltica y las costas atlánticas.

Nuestro hallazgo es el de un solo paquete, pero con caracteres tan definidos que no se puede poner en duda. Corresponde al número 2 del esquema. En las fotografías puede verse claramente en las fig. 2, lám. III y fig. 3, lám. II. Yacía en la tierra vegetal a una profundidad de 0,27 cm. Formaba en conjunto una agrupación muy compacta, alargada, en lo que los huesos largos terminaban sobre los mismos límites y sin que ninguna pieza ósea sobresaliese demasiado de la común superficie que el todo parecía tener. La tierra vegetal se había deslizado entre los intersticios dejados entre sí por los distintos huesos, sin deformar el con-

junto. Mirado desde corta distancia se podía imaginar claramente la forma del saco, probablemente de cuero, que debió contener los restos. Mezclados a la tierra vegetal eran visibles pequeños trozos de ocre rojo.

Fué extraído este paquete con sumo cuidado y se lo consiguió embalar en su primitiva forma. Desgraciadamente las precarias condiciones de transporte de que disponíamos —debíamos realizar el cruce del ancho Paraná en una frágil canoa de remos— hizo que los restos libertados del débil magma que los mantenía unidos, llegasen independiente de su primitiva disposición común. El contenido del paquete era el siguiente:

HUESOS DE ADULTO

Mandíbula
macizo facial
dos húmeros
dos fémures
dos tibias
tres metacarpianos

HUESOS INFANTILES

Restos craneales (parte de la bóveda)
seis costillas
dos fémures
dos húmeros.

Corresponden pues, estos huesos, a dos individuos distintos: un adulto y un infante.

Por error en nuestra ya lejana Nota Preliminar, consignábamos como tres los individuos a los cuales podían pertenecer las piezas óseas del paquete.

5) Incineración. Lámina VIII.

Sin duda alguna el descubrimiento más importante que nos proporcionó esta exploración, no sólo en lo que se refiere a hábitos inhumatorios, sino en general, fué el verificar la existencia de la incineración como costumbre funeraria. En los sitios de los números 4 y 5 del esquema, hacia el centro del "Cerrito" y a escasa profundidad, nos sorprendió la existencia de innumerables fragmentos óseos portadores de claros indicios de haber sido sometidos a la acción del fuego. De la gran cantidad de trozos hallados se recogió una muestra considerable, que junto a las demás piezas coleccionadas figuran en calidad de donación en el Museo del Instituto de Arqueología, Lingüística y Folklore de la Universidad de Córdoba.

Hemos vuelto a examinar cientos de estos pedazos, los más grandes corresponden a huesos largos, la mayoría o la casi tota-

lidad de los cuales son irreconocibles por estar reducidos a astillas, que rara vez alcanzan un largo superior a los 10 cm. La superficie ósea está profundamente alterada, advirtiéndose multitud de estrías, por lo general transversales al eje longitudinal del hueso; pueden verse en las figuras de la lámina VIII. En algunos casos parece como si el hueso hubiera sufrido torsiones sobre su eje. Los únicos huesos que han conservado su estructura, haciendo posible su identificación, son algunas vértebras, de las que se conserva en especial el cuerpo de las mismas, por excepción un ejemplar está intacto.

Al examinar minuciosamente los restos se advierte, que no toda la superficie de los mismos se ha carbonizado de manera uniforme. Son escasos los fragmentos en lo que la substancia esponjosa o cuya lámina externa alcance íntegramente el color negro o azulado. En pedazos de bóveda craneana es muy visible el pasaje gradual de una zona intensamente calcinada a otra en que el fuego apenas dejó rastros visibles.

Una particularidad interesante, es el timbre metálico que dan la mayoría de los fragmentos a la percusión entre sí, o cuando se los deja caer sobre una superficie dura.

Un gran número de estos restos óseos semicalcinados están teñidos de color rojo. Esta circunstancia es debida al contacto con la capa de humus mezclada a una fuerte proporción de ocre mineral, sobre la que fueron depositadas las cenizas y restos óseos desmenuzados en la hoguera. El color rojo dejado por el ocre no se extiende uniformemente sobre toda la superficie. Se trata de manchas más o menos circunscriptas, producidas tal vez por el mineral no del todo pulverizado y la intensa alteración del prolongado contacto con la tierra vegetal perennemente húmeda en estos lugares, que absorbió en parte la capa de ocre sobre la que fueron depositados los restos.

En un principio creíamos que entre estos huesos semicalcinados predominaban los infantiles o los pertenecientes a sujetos muy jóvenes. Un prolijo examen posterior nos lleva a rectificar esta primitiva opinión. Los fragmentos de bóvedas craneanas, las vértebras y los pedazos de mandíbulas corresponden siempre a sujetos adultos. El número es imposible calcularlo, pero dada la cantidad de fragmentos, que abarcaba una respetable superficie,

es indudable de que se trata de la incineración de un gran número de individuos.

Ya hicimos notar al comienzo de la descripción de los hallazgos mortuorios, que por la diversidad de sus formas y lo poco frecuente de uno de sus tipos, las observaciones más interesantes que nos haya proporcionado la exploración del yacimiento del Pavón es la que se refiere a los hábitos inhumatorios de sus primitivos habitantes.

En primer término la costumbre funeraria que parece ser más frecuente en todos los yacimientos similares al explotado por nosotros, es el entierro secundario simple. En Malabrigo, Mazaruca, Las Tejas y en el delta del Paraná predomina netamente este tipo de entierro, al que se asocia alguno que otro caso de inhumación primaria. En la estación arqueológica del Pavón ha ocurrido lo mismo; a las sepulturas secundarias simples se asocia un solo caso que puede considerarse como entierro primario.

Sorprende luego los caracteres tan profundamente opuestos, en su significado, de dos de las otras inhumatorias comprobadas: la que se refiere al transporte de los restos óseos como apreciada carga, en las épocas que la tribu vagaba por alejados territorios, con su indudable significado de veneración al difunto y por el contrario, con carácter fundamentalmente distinto a ella, por su significado de destrucción y aniquilamiento definitivo: la incineración.

No entraremos en consideraciones acerca del mecanismo psíquico o de las razones que en la mente primitiva impulsan a la ejecución de ambas categorías de hechos, que solo por excepción se pueden encontrar en el mismo pueblo.

Trataremos de relacionar estas observaciones con costumbres idénticas difundidas entre los núcleos aborígenes aledaños, los que poseedores de costumbres funerarias fundamentalmente distintas, pudieron ejercer en diversas épocas la acción de sucesivas influencias sobre el grupo que estamos considerando, dejando finalmente, por efecto de sus respectivas culturaciones, las huellas de sus correspondientes influjos.

Una buena cantidad de informes, suministrados por las fuen-

tes históricas y algunos descubrimientos arqueológicos, pueden esclarecer satisfactoriamente estos hallazgos.

El transporte de los restos óseos de los indios difuntos, por algunas de las tribus nómades que habitaron las costas del Plata, no pudo pasar desapercibida para los cronistas, justamente admirados por tan curiosa práctica. Son varios los que nos hablan de ellas. El padre Lozano ⁽²¹⁾ las menciona al hablar de los charrúas: “También cargan con los huesos de sus parientes difuntos a donde quiera que se mudan, haciéndoles muy leves el amor esa carga hedieonda”.

Sánchez Labrador ⁽²²⁾ nos habla del transporte que hacían los puelches de los restos de sus indios muertos hasta las cuevas que le servían de tumba definitiva: “a los que mueren en distancia grande de las dichas cuevas, no lo entierran, sinó que descarnan los huesos del cadaver y los conservan hasta poderlos llevar a las cuevas”.

Descubrimientos arqueológicos diversos han corroborado las afirmaciones de los cronistas. En el litoral atlántico parece haber sido el lugar predilecto para el entierro definitivo de los paquetes funerarios. Así lo han comprobado hallazgos de Outes ⁽²³⁾ y también las exploraciones de Vignati ⁽²⁴⁾ en San Blas.

Por otra parte, en el delta inferior, ya más próximo al lugar de nuestras búsquedas, también han sido encontrados paquetes funerarios, cuyo censo óseo fué establecido por Vignati ⁽²⁵⁾. Pero es necesario establecer una importante diferencia entre los hallazgos citados en primer término y estos últimos. Mientras los paquetes de San Blas han sido depositados directamente en tierra, siendo aun reconocible el paquete por su forma de conjunto,

(21) Pedro Lozano.—Historia de la conquista del Paraguay, publicada por Andrés Bernal, Buenos Aires 1874, t. I, p. 408.

(22) Joseph Sánchez Labrador, S. J.—Paraguay Cathólico, Buenos Aires 1936, p. 62.

(23) Félix F. Outes.—Noticia sobre el resultado de mis investigaciones antropológicas en la extremidad sudeste de la provincia de Buenos Aires Physis, t. VIII, p. 387-390.

X (24) Milcíades A. Vignati.—Investigaciones antropológicas en el litoral marítimo Sudatlántico bonaerense, en Notas preliminares del Museo de La Plata. XX t. I, p. 26.

X (25) Milcíades A. Vignati.—Censo óseo de paquetes funerarios de origen guaraní, en Revista del Museo de La Plata (Nueva serie) Sección antropología, t. II, La Plata 1941.

dejada por el saco que sirvió para el transporte, al igual que en nuestro hallazgo del Pavón, los encuentros dados a conocer por Vignati, fueron realizados dentro de urnas, sin duda alguna de origen guaraní. Nosotros creemos que entre los guaraníes el transporte de los restos óseos realizado en forma análoga que entre los habitantes de la llanura, debe haber sido un hecho muy esporádico, provocado sólo por determinadas circunstancias ⁽²⁶⁾ que impidiera la realización de los métodos inhumatorios que le son específicos.

En lo que respecta a la costumbre de incinerar los cadáveres, la zona de mayor frecuencia parece ser la cuenca amazónica. Incinerada ya en las primeras épocas históricas por los cronistas ⁽²⁷⁾, es confirmada por numerosos etnógrafos y viajeros de los tiempos modernos. Linné ⁽²⁸⁾ ha elaborado un mapa con la distribución de dicha costumbre y del endocanibalismo. Metraux ⁽²⁹⁾ ha sido el primero en señalar la extensión de la práctica incineratoria entre los pueblos de habla Gè. y opina, con justa razón, que esta costumbre debe haber sido muy antigua en Sud América, oponiéndose a su origen septentrional. Ya veremos que en la República Argentina el alcance meridional de la misma se extiende hasta Tierra del Fuego y que algunos hallazgos de considerable antigüedad la trasladan también muy remotamente en el tiempo.

La cremación parece haber sido costumbre habitual puesta en práctica por los Camagás y los Cutaxos. Asimismo por los Cain-

(26) En el "Testimonio de los nuevos indios de la provincia del Uruguay y que vinieron al puerto de Buenos Aires" dado por el escribano de S. M. Juan de Muñarriz en el año 1619, se cita el caso de un grupo de indios, guaraníes por los datos que se aportan a cerca de los mismos, que en el viaje a Buenos Aires "... que por habérsele muerto un pariente en el camino se habían buuelto con el cuerpo a su tierra" y el documento agrega que "habían tardado tres meses en venir de ella a este puerto". Apéndice de documentos en Luis María Torres, Los primitivos habitantes..., etc. p. 757.

(27) Cristóbal de Acuña. — Descubrimiento del Amazonas, Buenos Aires 1942, p. 60.

(28) Sigvaldi Linné. — Darien in the past. Göteborgs kungl. vetenskaps- och vittershets-samhälles handlingar. Femte följden .ser. a. Band 1, nr. 3. Göteborg, 1929.

(29) Alfred Metraux. — Les indiens Kamaban, Pataso et Kutaso d'après le journal de route inédit de l'explorateur français J. B. Douville, en Revista del Instituto de Etnología de la Universidad de Tucumán t. I, entrega 2da. p. 272.

gagues de Santa Catarina y los Aveicomás ⁽³⁰⁾, todos de estirpe Gê. Pertenecientes al mismo grupo, algunos datos de segunda mano aportados por Netto ⁽³¹⁾, señalarían la misma costumbre entre los Botocudos.

Algunas investigaciones arqueológicas efectuadas en territorio del Brasil coinciden con los datos aportados por los estudios etnográficos. Del escaso material bibliográfico a nuestro alcance anotamos: en las recientes investigaciones efectuadas por Max Schmidt ⁽³²⁾ en Matto Grosso nos dice referirse a sus exploraciones en abrigos bajo roca "... todas esas jazidas teem apariencia de lugares de enterramento, nos quais os cadáveres ous residuos dos ossos queimados foram depositados e acompanhados con donativos..." A su vez Carlos Estevao ⁽³³⁾ parece haber comprobado igual cosa en una gruta usada como osario en Itaparica.

En el territorio de la República Argentina, varios grupos indígenas acostumbraron a incinerar los cadáveres de sus muertos. Aunque es necesario remarcar que en ningún caso se ha observado aquí el carácter constante que tiene en algunas de las tribus brasileñas antes nombradas, pero debemos tener en cuenta que las observaciones se han practicado en la Argentina sobre núcleos indígenas más contaminados por la influencia extranjera, o muy rápidamente extintos, sobre los que muy pocos estudios directos pudieron realizarse.

En el Chaco la práctica de la cremación parece haber sido común entre los Tobas y Matacos, aunque entre estos últimos sería influencia de los primeros. Pelleschi ⁽³⁴⁾ nos dice: "Entre los matacos se acostumbra a enterrar, y en algunas tribus del Este, que confinan con los Tobas, los queman". Más adelante precisa mejor los hechos: "Cuando sobreviene la muerte, si es de mañana, en esa misma tarde, y si es de noche, en la mañana si-

(30) Estevao Pinto. — Os indígenas do Nordeste, Companhia Editora Nacional, 1938 t. II, p. 314.

(31) Lasdilau Netto. — Investigações sobre arqueologia Brasileira, en Archivos do Museu Nacional, vol. VI, p. 427.

(32) Max Schmidt. — Resultados da minha expedicao bional a Matto Grosso, en Boletim do Museu Nacional, Río de Janeiro 1942, p. 256.

(33) Carlos Estevao. — O ossuario de "Gruta Do Padre" em Itaparica, e algumas noticias sobre remanescentes indígenas do Nordeste, en Boletim do Museu Nacional. 1942, p. 169.

(34) Juan Pelleschi. — Los indios Matacos y su lengua, en Boletín del Instituto Geográfico Argentino, t. XVIII, p. 206.

guiente, colocan el cadaver dentro de un hoyo: mas no lo tapan, únicamente le echan ramas por encima a fin de que no pueda servir de pasto a los tigres, a los perros ni a las aves de rapiña, concluida la descomposición o lo queman como he dicho o lo tapan con tierra definitivamente”. Enrique Palavecino ⁽³⁵⁾ ha encontrado aún en estos últimos tiempos algunos casos de cremación entre las mismas tribus de tobas y maticos.

Entre los habitantes de las llanuras pampeanas, la costumbre de la incineración fué observada por los Misioneros. El padre Sánchez Labrador ⁽³⁶⁾ puntualiza su existencia entre dos parcialidades: Los Moluches y Peguenches, diciéndonos: “suelen arriar el difunto con todas sus alajuelas a un pajonal seco, o á algun monton de leña, y le pegan fuego por la parte que sopla el viento, quemandose todo en estas nuevas Pyras”. No deja de causarnos cierta sorpresa esta afirmación, pues esta costumbre parece haber sido desconocida por las tribus araucanas ⁽³⁷⁾. No nos extrañaría que pudiera tratarse de la persistencia de una práctica de poblaciones más primitivas, preauracanas, o posteriormente araucanizadas, tal vez los denominados pehuenches primitivos por Serrano ⁽³⁸⁾. Para el extremo austral del continente la cremación estuvo en uso entre algunas de las primitivas poblaciones de Tierra del Fuego. Es muy interesante el hecho de que las pocas observaciones que se tienen al respecto se refieren a uno de los núcleos racialmente más antiguo —Fuéguidos— afines estrechamente a las razas portadoras de la misma costumbre en el Brasil —Lánguidos— y que en conjunto detentaron un mismo o parecido patrimonio cultural.

Aunque la costumbre parece haber caído ya en desuso en los últimos decenios del siglo XIX de acuerdo a la observación de Outes ⁽³⁹⁾ el misionero R. R. Rau anotaba “p. 56 ...cuando

(35) Enrique Palavecino. — Prácticas funerarias norteañas: La de los indios del Chaco, en Relaciones de la Sociedad Argentina de Antropología, t. IV, p. 85.

(36) Sánchez Labrador. — Paraguay Cathólico, etc. p. 62.

(37) Ricardo Latcham. — Costumbres mortuorias de los indios de Chile y otras partes de América, Sociedad Imprenta Barcelona. Santiago de Chile, 1915.

(38) Antonio Serrano. — Los pehuenches primitivos, en “La Prensa” mayo 19 de 1940.

(39) Félix F. Outes. — Datos sobre la ergología de los Yámana de Wulaia (isla Navarino) en Revista del Museo de La Plata XXX, p. 56.

muere un individuo se le quema y no se vuelve hablar más de él". A su vez Hyades y Deniker ⁽⁴⁰⁾ transcribiendo las anotaciones de Bridges, anotan la cremación junto a la práctica del entierro del cadáver envuelto en pieles "Inmediatement apres la mort, on procede aux funerailles: le corps est enveloppé dans vieilles peaux de loutre ou de phoque; il est ensuite eséveli, couvert de branches feuillues, dans l'amas de coquille al 'entree de la hutte, ou bien brulé dans le bois voisin. Dans le dernier cas la cremation est complete, les os calcines sont reduites en poudres et disperses aux alentours, pour qu'on ne les voie plus jamais. On recours de preference, a la cremation si le défunt est mort loin de sa residence ordinaire pour que les autres indigenes ne puissent' pas profaner ses os en les exhumant, et en les transformant en pointes de harpon, comme cela est arrivé pour les ossements des missionnaires protestants massacrés a Woollya en 1859. Inhumes longtemps après par d'autres Anglais, ouis exhumés par les Fueguiens. Il ne existe aucune ceremonie speciale pour l'ensevelissements pas plus que pour la cremation".

Exploraciones arqueológicas en diversos lugares y yacimientos del territorio argentino han puesto de manifiesto la existencia de huesos calcinados. Mas, para llegar por esta vía a fijar la cremación como costumbre de un pueblo indígena dado, es necesario la observación concreta y repetida de que la incineración fué expofesa. En determinadas circunstancias por causas fortuitas múltiples —una hoguera encendida sobre restos óseos abandonados— pueden falsear el verdadero significado del hallazgo. Por otra parte, esporádicamente muchas tribus pudieron quemar los cadáveres de algunos de sus miembros; un cuerpo en putrefacción en las proximidades de una vivienda, o para hacer desaparecer todo rastro de determinados individuos, tal es el caso de los hechiceros entre los Chiriguano.

Los estudios arqueológicos de nuestro país, que nos informan a este respecto, son escasos. En los ricos yacimientos arqueológicos de la quebrada de Humahuaca, en el pucará de Tilcara, Debenedetti ⁽⁴¹⁾ encontró algunos huesos humanos calcinados. En uno

(40) P. Hyades et J. Deniker. — Mission Scientifique du cap Horn 1882-1883, t. VII Anthropologie. Etnographie, Paris 1891, p. 379.

(41) Salvador Debenedetti. — Las ruinas del pucará, en Archivos del Museo Etnográfico. Número II (primera parte) Buenos Aires 1930.

de sus hallazgos (p. 49) atribuye la carbonización a un hecho casual. “La carbonización parcial e incompleta del esqueleto fué un largo proceso por la acción del calor de un gran fogón que, posteriormente a la inhumación y sin ninguna relación con la sepultura, fué preparado sobre el yacimiento funerario...”, pero en otro caso (p. 121) parece existió verdadera cremación ⁽⁴²⁾. Una observación de la misma índole, aunque con mayor frecuencia al parecer, fué hecha por el Dr. Casanova ⁽⁴³⁾ en el vecino pucará de Huichairas. A su vez estudios muy recientes del Dr. Santiago Gatto ⁽⁴⁴⁾, efectuados en el pucará de Voll, parecen confirmar la presencia de gran número de incineraciones. Lo que nos podría hacer sospechar la existencia de la cremación junto a prácticas funerarias mucho más extendidas.

Más al norte, ya en territorio boliviano, Ybarra Grasso ⁽⁴⁵⁾ ha comprobado prácticas crematorias en sus exploraciones arqueológicas de Valle de San Lucas.

En la Patagonia se han efectuado también algunos hallazgos que atestiguan la práctica incineratoria. En un relato de Clemente Onelli ⁽⁴⁶⁾ se lee “... en los numerosos kairns prehistóricos que he registrado, he encontrado siempre antes de llegar al esqueleto principal mucha cantidad de huesos carbonizados de pequeñas criaturas”.

Esta sucinta información no ha tenido, de acuerdo con lo que nosotros sabemos, una confirmación muy amplia en las posteriores investigaciones arqueológicas de la extensa región patagónica.

El único hallazgo bien documentado, altamente interesante por cierto, es el realizado por el investigador norteamericano Julius Bird en las cercanías del Cerro Sota, próximo al estrecho de

(42) El prof. Vignati interpreta este último hallazgo como una medida llevada a cabo con el objeto de neutralizar los malos olores del cadáver en descomposición. Mileiades A. Vignati, Los cráneos trofeos de las sepulturas indígenas de la quebrada de Humahuaca, en Archivos del Museo Etnográfico N.º 1, Buenos Aires 1930, p. 21.

(43) Eduardo Casanova. — Nota sobre el pucará de Huichairas (Prov. de Jujuy) en Congreso Internacional de Americanistas, 1932, t. II, p. 42.

(44) Santiago Gatto. — Exploraciones arqueológicas en el Pucará de Volcán, trabajo inédito consultado por gentileza del autor.

(45) Dick E. Ibarra Grasso. — Ensayo sobre la arqueología Boliviana en Relaciones de la Sociedad Argentina de Antropología, t. IV, 1944, p. 145.

(46) Clemente Onelli. — Trepano los Andes, Biblioteca del Suboficial, Buenos Aires, 1830, p. 99.

Magallanes ⁽⁴⁷⁾. Este encuentro hace retrogradar la costumbre de la cremación a una remota época y resulta muy importante comprobar la circunstancia de que los portadores de esta costumbre hayan pertenecido al grupo racial de los paleoamericanos, según la diagnosis hecha por H.L. Shapiro sobre los cráneos hallados en las exploraciones de Bird.

En la región del bajo Paraná y Uruguay, la única referencia que hemos encontrado relacionada con la cremación, la suministra Greslebin, al describir los túmulos de Lucuix ⁽⁴⁸⁾. Pero nos resulta altamente sorprendente la presunción que a este respecto formulara Torres ⁽⁴⁹⁾: “La incineración de los cadáveres no la he visto observada en ninguno de los hallazgos por mí verificados, ni tengo noticias que otros exploradores la hayan constatado; sin embargo es muy posible que en futuras exploraciones se encuentren casos perfectamente determinables”. Ignoramos cuáles fueron los motivos que llevaron a Torres a precisar tan concretamente esta sospecha que se ha cumplido plenamente en nuestro yacimiento. Tal vez pueden haber influido algunos de los hallazgos de Roth, citados por el mismo Torres ⁽⁵⁰⁾. Aquel investigador retiró de un yacimiento ubicado en las inmediaciones del Paraná Pavón y Gualeguay “una calota humana fosilizada”, Roth atribuía la fosilización o el proceso que le daba tal aspecto, a quemaduras. Es posible que también haya contribuido el estudio de la etnografía de las tribus del Brasil meridional, vinculadas, a través de los pueblos chaqueños, siempre de acuerdo con Torres, con los que poblaron el bajo Paraná.

Para la escuela histórico cultural la incineración se encontraría especialmente en el complejo de las culturas primarias que en Sud América estaría representada por la fusión de los tres círculos culturales más antiguos de los otros continentes ⁽⁵¹⁾. Uno de estos ciclos, el Tammanoide, aparecería en América, según el

(47) Junius Bird. — Antiquity and migrations of early inhabitants of Patagonia, *Geographycal Review*, vol. XXVIII, No. 2, April 1938, p. 271.

(48) Héctor Greslebin. — La estructura... etc. p. 30.

(49) Torres. — Los primitivos... etc. p. 459.

(50) Torres. — Los primitivos... etc. 47.

(51) Wilhem Schmidt. — Etnología Sudamericana, Biblioteca Pedagógica Brasileira, p. 56.

Dr. Imbelloni ⁽⁵²⁾ entre “Los fueguinos Yámanas y las tribus de los Botocudos y otras del Brasil oriental montañoso, racialmente afines a los fuéguidos”. Ya hemos visto antes la frecuencia de los hábitos crematorios entre las tribus brasileñas de los Gê y afines.

Muchos elementos de índole distinta, pero igualmente confirmatorios y complementarios entre sí, establecen la existencia de esos grupos en la región que estamos estudiando. A través de ellos podemos pues, aclarar la presencia de esta costumbre en nuestra región.

Serrano ⁽⁵³⁾ ha puesto de manifiesto las vinculaciones lingüísticas de los chanas con los actuales kaingag (modernos guayanás), de estirpe Gê. Por otra parte, Canals Frau ⁽⁵⁴⁾, basado en las informaciones históricas sobre el carácter racial y cultural de ciertos pueblos afirma que: “... antiguamente los paleoamericanos de tipo racial láguido se extendieron por toda la mesopotamia y hasta ocuparon ciertas regiones de la actual provincia de Buenos Aires”. Este grupo habría desaparecido como entidad étnica —siempre de acuerdo con el autor citado— debido a su absorción por los pámpidos del Sur (charrúas) y por los guaraníes.

Una tercera prueba ratifica estos antecedentes. El estudio antropológico de los restos óseos provenientes del sur de Entre Ríos y del Delta, había llevado ya a Torres ⁽⁵⁵⁾ y a Outes ⁽⁵⁶⁾ a relacionarlos al antiguo tronco racial de Lagoa Santa.

En cuanto a la costumbre del transporte de los restos óseos en paquetes funerarios, que también hemos hallado, la creemos debida a aculturaciones con otras entidades étnicas, en especial las que habitaron las grandes llanuras vecinas. Ya nos hemos referido antes, al hecho de que la mayor difusión de esa costumbre

(52) José Imbelloni. — Epítome de Culturologia, Biblioteca Humanior, Sección A. t. I, Buenos Aires, p. 91.

(53) Antonio Serrano. — Etnografía de la antigua provincia del Uruguay, Paraná 1936, p. 66.

(54) Salvador Canals Frau. — Paleoamericanos (Láguidos) en la mesopotamia argentina en la época colonial, en Anales del Instituto de Etnografía Americana, Universidad Nacional de Cuyo, t. I, 1940 p.153.

(55) Torres. — Los primitivos... etc. p.

(56) Félix F. Outes. — Cráneos indígenas del departamento de Gualaguaychú (Provincia de Entre Ríos) en Anales de la Sociedad Científica Argentina, LXXIII.

parece corresponder a las tribus nómades de las pampas, que tuvieron sus enterratorios definitivos en los abrigos de las serranías o en las costas del mar. En la margen izquierda del Plata fué también habitual entre las tribus charrúas.

Por circunstancias especiales las tribus isleñas pudieron abandonar temporariamente sus habituales métodos de vida, íntimamente relacionado al medio fluvial; las referencias históricas apoyan esta afirmación, Oviedo al referirse a los beguaes habitantes de las islas, dice: "... y quando el río crece vanse a la Tierra firme" (57). Allí en las llanuras, debieron tomar contacto con las tribus que acostumbraban a llevar sus muertos consigo. Este contacto se habría establecido merced a la vecindad geográfica y a los hábitos de muchas de estas naciones indígenas, que los investigadores concuerdan en atribuir a distintas cultura y raza.

Las crónicas históricas informan ampliamente al respecto, unas veces a propósito de los indios que sirvieron eventualmente de intérpretes, no pertenecientes a la nación en que se encontraban, otras al merodeo por límites correspondientes a otros grupos o por guerras sostenidas por los mismos indígenas.

En las instrucciones de Yrala (58) dice "...anse de guardar donde hallaren varrancas no lo flechen los yndios especialmente **en el estero de los tymbus porque allí lo han hecho otras veces los quyrandis**". En el "Informe" del padre Dufo (59) se da cuenta de la ocupación del pueblo de los chanas por los Machados "la parcialidad más numerosa de los charruas", y en un documento muy recientemente publicado, y en cien años anterior al antes citado, nos relata un hecho análogo: la actuación de otra reducción chaná por los charrúas (60).

Podrá argumentarse que estos contactos se efectuaron en épo-

(57) Gonzalo Fernández de Oviedo y Valdes. — Historia general y natural de las Indias. Madrid 1852, t. II, libro XXII.

(58) Domingo Minez de Yrala. — La relación que dexó Domingo Minez de Yrala en Buenos Aires al tpo, q. la despobló (1541), en Ulrich Schmidel. Viaje al río de la Plata, Apéndice E. Biblioteca de la Junta de Historia y Numismática. Buenos Aires, 1903.

(59) Policarpo Dufo. — Informe sobre lo sucedido en la entrada que se hizo el año 1775 al castigo de los infieles, en Revista del Archivo General de Buenos Aires, t. II, p. 245, Buenos Aires 1870.

(60) Agustín Zapata Gollán. — Los chaná en el territorio de la provincia de Santa Fé, Publicaciones del Departamento de estudios etnográficos y coloniales, no. 4. Santa Fé 1945, p. 27.

cas históricas, cuando los mismos españoles provocaron movimientos migratorios en las tribus o cuando estaban ya en posesión del caballo, pero no debemos olvidar lo que dejamos apuntado más arriba, el nomadismo habitual de las unas y el cambio de habitat, en determinadas circunstancias, por las otras.

Al mencionar en las citas a ciertas parcialidades, no lo hemos hecho con el objeto de atribuirles específicamente algunas de las costumbres que los hallazgos del Pavón ponen de manifiesto, sino simplemente, de demostrar los intercambios que entre ellos mantuvieron.

El estudio del material lítico del sur de Entre Ríos, había llevado ya a Aparicio a establecer su procedencia Uruguaya y a poner de relieve la superposición o la mezcla que debió realizarse con las tribus fabricantes de las representaciones plásticas, que habitaron las islas ⁽⁶¹⁾.

Vemos así que argumentos de distinta índole prueban la confluencia de diferentes naciones y culturas.

El estudio de los varios y tan distintos métodos inhumatorios que hemos comprobado en el yacimiento de Pavón, certificaría estas aculturaciones de elementos diversos, que ha sido uno de los principales obstáculos que hasta ahora no nos ha permitido aclarar con exactitud completa los cuadros que por un lado nos presentan los hallazgos arqueológicos y por el otro su respectiva relación con los antecedentes históricos que sobre ellos se tienen.

En general los arqueólogos están de acuerdo en sistematizar el estudio de los yacimientos arqueológicos del bajo Paraná agrupándolos en tres culturas distintas. Sobre la primera de ellas no hay ninguna discrepancia, todos coinciden en atribuirla a un grupo, lingüística y culturalmente, perfectamente definido: los guaraníes. Sus restos son muy característicos: grandes urnas con ornamentación policroma o con ornamentación producida por la impronta dígito-ungueular. Instrumental lítico compuesto especialmente por hachas pulidas y escaso y muy pobre desarrollo de la industria ósea.

El segundo tipo de yacimientos se caracteriza por la presencia de un elemento inconfundible: las representaciones plásticas.

(61) Aparicio. — Notas para el estudio de la arqueología... etc., p. 60.

Estas figuras modeladas en arcillas, se revelan como productos de una misma cultura y pese al alto grado de estilización que caracteriza a la mayoría de ellas resultan inconfundibles por su técnica especial y las modalidades constantemente empleada, revelando que a la par de los elementos que en ellas se mantienen invariables,, sus autores daban libertad a su imaginación y creaban de acuerdo a su sensibilidad y gustos personales.

El resto de los bienes culturales de este pueblo, se compone de muy escasos instrumentos de piedra y de hueso. Sus autores habrían sido los que a través de las crónicas históricas nos han llegado bajo el nombre de sus distintas parcialidades, Chaná, Timbú, etc., etc. Estarían vinculadas al grupo Guaycurú ⁽⁶²⁾. Pero la modalidad especial de su arte nos llevaría también a suponer influencias de los pueblos Arawak.

La tercera cultura, la más primitiva, tendría sus caracteres distintivos en la especial decoración de su cerámica y en algunos instrumentos de hueso mejor caracterizados que en las anteriores.

Los pueblos poseedores de las culturas a que nos acabamos de referir, vivieron en estrecho contacto en las zonas del bajo Paraná e intercambiaron elementos y costumbres, dificultando la aclaración de los cuadros etnográficos respectivos.

Un buen ejemplo de ello lo encontramos en el estudio de los hábitos inhumatorios observados por los habitantes del yacimiento del Paraná Pavón y que dejamos expuesto.

CONCLUSIONES

- 1) Yacimiento sobre un montículo natural usado como paradero y cementerio.
- 2) Hallazgos de representaciones plásticas.
- 3) Costumbres funerarias muy variadas: Incineración, paquetes funerarios, un entierro que puede considerarse primario y entierros secundarios como la forma más frecuente.
- 4) Las diferentes formas de inhumación responden muy pro-

(62) Francisco de Aparicio. — El Paraná y sus tributarios, en Historia de la Nación Argentina, Buenos Aires 1939, p. 437.

bablemente, a aculturaciones de los pueblos vecinos portadores de las mismas costumbres.

5) Muy pobre instrumental óseo y lítico.

Puesto ya el punto final a esta monografía, no puedo, por elemental deber de gratitud, dejar de recordar a mis buenos amigos Víctor A. Cardoso y Guillermo M. Sautú que colaboraron con su trabajo personal en la difícil y penosa tarea de remover el “Cerrito”. Y no es sin cierta nostalgia que volvemos el recuerdo a aquellas horas de pasados entusiasmos, en que las islas nos prodigaron la belleza de sus paisajes, siempre renovados en el encanto de sus crepúsculos inolvidables, el interés de las búsquedas, el trato bondadoso de sus habitantes y tantos momentos apacibles, como las aguas tranquilas del Pavón.



Figura 1. — Vista del yacimiento antes de comenzar su exploración. —
 Fig. 2. — Fotografía del "Cerrito" una vez despojado de la vegetación
 que lo cubría. — Fig. 3. Vista de la zanja que sigue al eje mayor.

LAMINA II



Figura 1. — Vista de la trinchera que sigue al eje menor. — Figura 2. — Otra vista de las excavaciones. — Figura 3. — Paquete funerario. Hallazgo número 2.

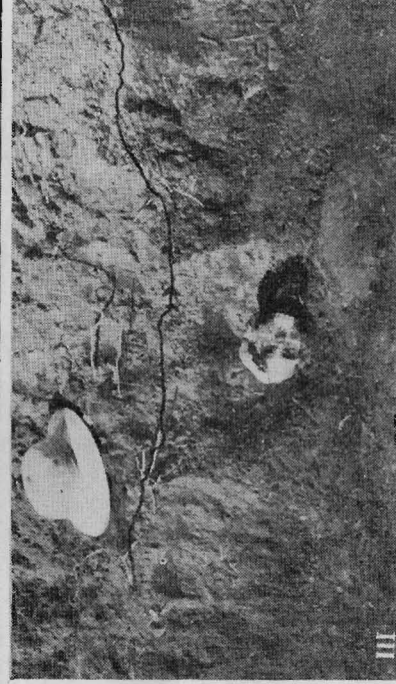
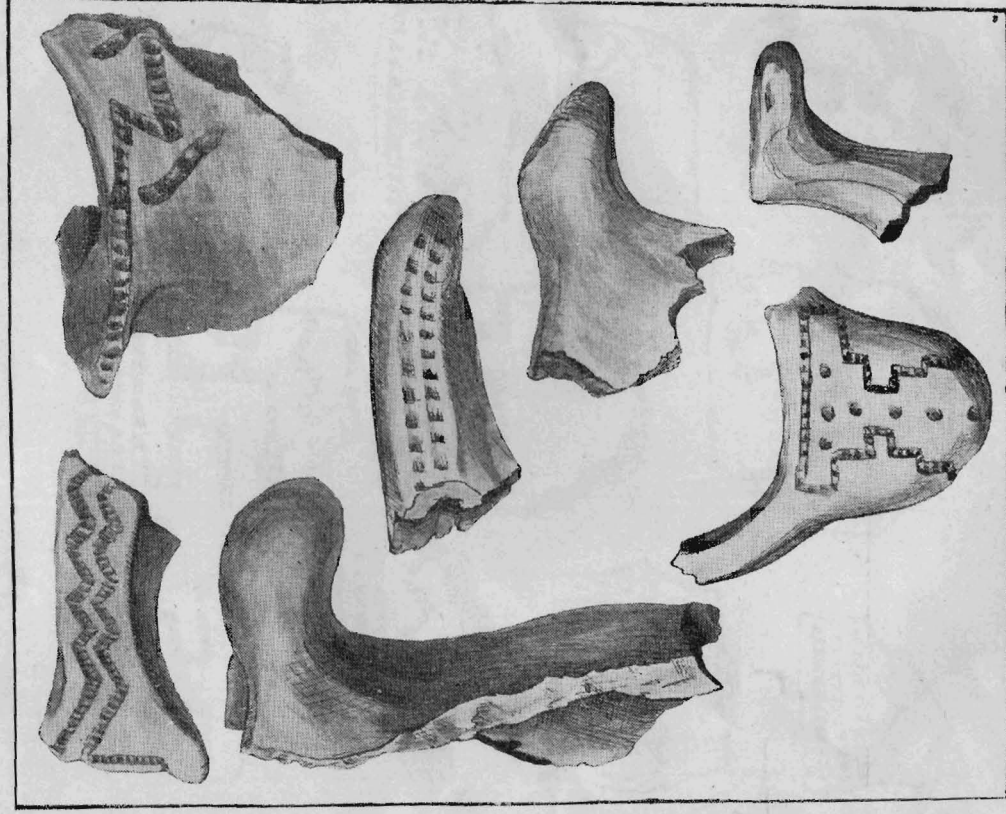
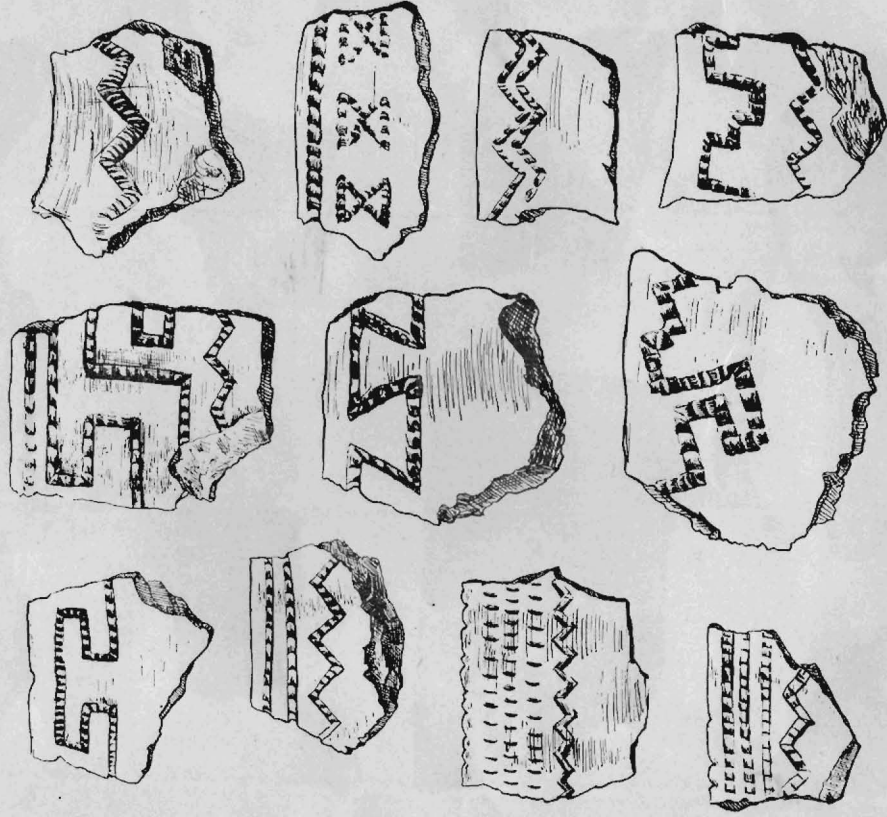
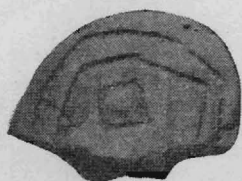


Figura 1. — Parte del esqueleto correspondiente al hallazgo número 1. —
Figura 2. — Otra fotografía del paquete funerario. Hallazgo número 2. —
Figura 3. — Cráneo aislado. Hallazgo número 9. — Figura 4. — Cráneos
números 6 y 8.

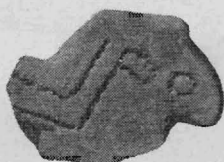


Formas diversas de asas.





1



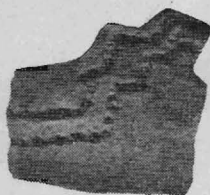
2



3



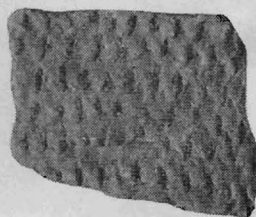
4



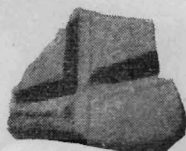
5



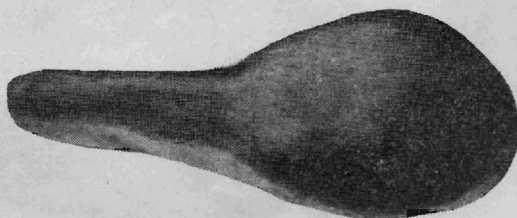
6



7



8

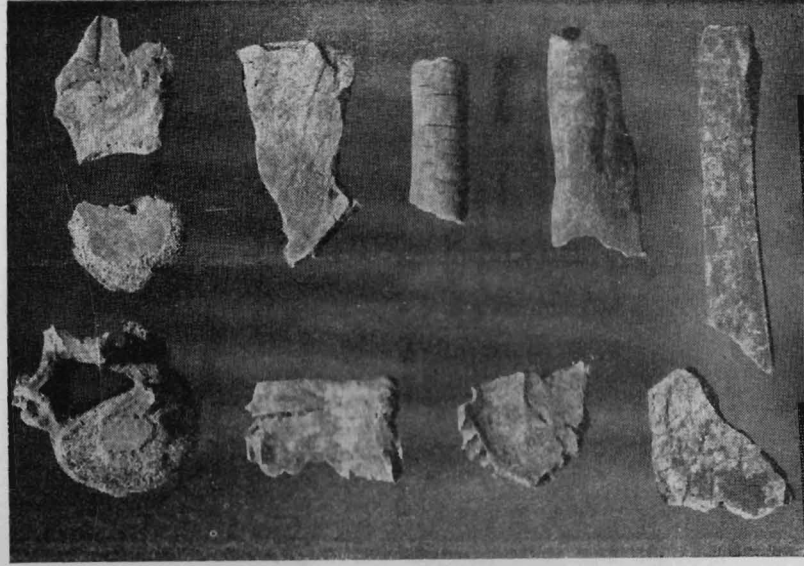


9

Figuras 1, 2 y 3. — Representaciones plásticas recortadas. — Figuras 4 y 5. — Guardas incisas en la superficie interna de los ceramios. — Figura 6. — Fragmento de cerámica con impresiones dígitounguiculares. — Figura 7. Cerámica imbricada. — Figura 8. — Fragmento de arenisca utilizado como afilador. — Figura 9. — Cuchara.



Vista superior y lateral de una representación plástica muy estilizada.



Fragmentos de vértebras, mandíbula, bóveda craneana y huesos largos semicalcinados.

DONACIÓN



EXOT. FOTO
CE
MUSEO, LINGÜÍSTICA Y Etnología
"DR. PABLO CABRERA"



Imprenta de la Universidad Nacional de Córdoba. — Abril de 1947.